

DEL INMENSO PLACER DE VOLVER A LAS AULAS

“El gesto elemental, fundador del sujeto, es sujetarse a sí mismo...”

Slavoj Zizek

Quiero agradecer al Sr. Decano de nuestra Facultad de Filosofía y Humanidades por esta invitación que se constituye en un reto singular porque pretende poner en “blanco y negro” algunas de las formas en que el pensamiento filosófico se ha incorporado en mis prácticas cotidianas, especialmente en las profesionales.

¿Quién les habla hoy y desde dónde? Soy Omar Suescún Garay y voy a aprovechar unas palabras que recién leí, para definirme aceptando que soy un ser ambiguo en cuya alma compleja habitan al mismo tiempo un *animal de presa* y un *hombre cultivado*.

En las mañanas soy el Gerente de la Estrategia Comercial de un Banco multinacional importante. Tengo la responsabilidad de atender con productos transaccionales, de ahorro y crédito a cerca de cuatro millones de colombianos. Cuento con un equipo directo de doscientos Funcionarios y a nivel nacional, reportes comerciales de tres mil personas más. Administro créditos por ocho billones de pesos, nóminas por seis billones de pesos mensuales y fondos voluntarios de pensiones por otro billón de pesos más. Tengo metas y presupuestos por cumplir de cientos de miles de millones de pesos.

Como soy el responsable de la gestión de la estrategia comercial, también me corresponde pensar todo el tiempo, en eficiencia, en balances, en riesgo financieros, operacionales y *reputacionales* que impacten positivamente los crecimientos reales del Negocio que tengo a cargo. Por supuesto, también es mi responsabilidad no perder de vista las jugadas de la competencia local, regional y global, para intentar anticipar sus jugadas tácticas. En últimas, un verdadero *animal de presa* cuya divisa principal en esta faceta de mi ser, es sencillamente ganar. Soy lo que se denomina un Ejecutivo del Sistema Financiero Colombiano.

Con todo, cuando cae la tarde, quisiera trabajar para llegar a ser un hombre cultivado. Me empeño en esto, me he convertido en Filósofo. Creo que ayuda a cumplir el sueño de cultivarme a mismo. ¿Cómo sucedió esto? Es lo que les quiero compartir ahora.

Comenzaré contándoles que desde niño me gusta estudiar. Me parece como un ejercicio físico que te mantiene en forma, como correr o nadar. Muy temprano estudié Ingeniería Industrial y me hice Abogado también. Me especialicé en Finanzas, Mercadeo y Ventas.

Comencé muy joven en el Banco para el que trabajo hace ya 32 años. Siempre me han pagado bien y he podido construir algo de patrimonio. He tenido la fortuna que el Banco me patrocinó todos mis estudios, esto obedece a una política afortunada para mí de bienestar empresarial. Me he casado en dos ocasiones, tengo dos hijos y creo que he sido feliz. Imagino que algunas personas me pueden llegar a considerar un hombre exitoso.

Realmente, nunca me he sentido así. Más bien, sentía como la rutina me aplastaba sin consideración alguna. En ocasiones padecía una especie de desencuentro con mi propia realidad. Muchas veces me pregunté si todo esto; la familia, el trabajo, ganar dinero lo eran todo, y simplemente, me sentía aún más confundido. Algunas veces, simplemente me observaba como un buen ciudadano corporativo que participa activamente de Colombia pagando cumplidamente mis impuestos y no matando a nadie. Sin embargo, persistía esa sensación de aburrimiento que me doblegaba.

¡Omar no moleste más con eso! me dijeron mis hermanos y mis amigos. Más bien cómprese una finca, una camioneta nueva o váyase a viajar. Sea juicioso pague sus impuestos y todo lo demás estará bien.

En esos momentos un muy buen amigo que se desempeña como Vicepresidente Jurídico del Banco para el que trabajamos, quien además, es un Abogado muy reconocido en los círculos Financieros del País, me dijo con buen humor y, con mucha ironía... ¡que el mundo cambiaría ostensiblemente para bien, si tan solo, desaparecieran los banqueros y los abogados de este Mundo! Que, tal vez, deberíamos cambiar de oficio y ayudar a que el mundo sea mejor.

Esta anécdota me hace recordar los motivos que me impulsaron a matricularme en esta Facultad; no eran otros que intentar buscar las respuestas al aburrimiento que mi propia rutina de éxito me ocasionaba, sujetarme a algo más esencial que esa ilusión.

Es que me aturdía que la verdad de la mañana fuera un porcentaje de crecimiento de los negocios que tengo a cargo y, en la noche, la verdad fuese sin lugar a dudas las de RCN, Caracol, o CMI.

Me rehusé a aceptar las primeras líneas del *Discurso del Método* de Descartes cuando afirma que “el buen sentido es lo que mejor repartido está entre todo el Mundo”... y no las aceptaba porque intuía que pensar es mucho más que el mero sentido común. Pensar aburre, causa dolor de cabeza y no reditúa económicamente me decían.

Yo insistí, pregunté y me contestaron: busque Filósofos, de pronto, alguno le ayuda a resolver sus preguntas. Como no conocía a ninguno, los busque y los encontré, aquí, en las Facultades de Filosofía. Primero vine a verlos y luego me anime a conversar con

algunos de ellos. Me parecieron si bien algo tímidos, al mismo tiempo, personas muy inteligentes y siempre dispuestas a conversar y a debatir.

Entonces, ya más tranquilo, pues, ahora conocía Filósofos, me fije la meta de volver a las Aulas. Esta ocasión a las de una Facultad de Filosofía. Tal vez aquí encontrase respuestas a ese tedio pegajoso en que se van convirtiendo las tareas laborales y hasta las rutinas familiares. Sabía que esta decisión me llevaría de nuevo al rigor de la Academia; de los horarios, de las trasnochadas. De las investigaciones y de las evaluaciones y, como soy *un animal de presa*, a las buenas calificaciones.

Pretendía interrogarme todas las noches sin ningún tipo de prerrogativas hasta encontrar justificaciones razonables a lo que hacía durante el día. Precisamente, para esto quería regresar a las *sillas duras* de los salones de clase y al frío de las lecciones de cada noche; entre otras cosas, para compartir con los más jóvenes, esperando de ellos perspectivas radicalmente distintas a las que compartimos empresarialmente.

Poco a poco encontré que aquellas clases me excedían por mucho. Pensar ordenadamente era todo un reto, lograrlo sería un inmenso placer. Pero pensar la tradición occidental requeriría un esfuerzo adicional, pues tendría que revisar en detalle su historia. Para lograrlo había que leer mucho más en la Facultad de Derecho. Además, leer en distintos niveles de abstracción. Esto ya era de por sí nuevo y difícil para mí, yo creía que sabía leer. Sencillamente, estaba aprendiendo a leer.

Este hallazgo me estimulo mucho. Leer es un hecho íntimo que ocurre sin otro tiempo y lugar que aquel en el que nos encontramos con el Autor. Aprendí, como cuando Maquiavelo en su retiro de acicalaba en las noches para leer a los clásicos, a vestirme y prepararme rigurosa y adecuadamente para cada encuentro, para cada lectura. ¿Cómo acercarme a Aristóteles, Descartes o Kant desaliñado? Capturar en un texto la perspectiva y el horizonte de sentido que se plantea en su discurso, era algo completamente nuevo para mí.

Recuerdo con mucho cariño que un buen día, o más bien una noche lluviosa de viernes, llego el Profesor de turno muy contento pues nos traía un regalo: un libro recomendado que había encontrado en la tarde en una excursión de librería. Yo aún no había descubierto el inmenso placer de recorrer un libro y menos una librería. Aquel Profesor nos señaló el camino que ofrece semejante excursión: Leer.

Pronto, como era de esperarse, llegaron los parciales. Yo me preparé para contestar oralmente todo lo que me interrogaran. Este es la práctica habitual de los Estudiantes de

Derecho. Sorpresa enorme; los parciales eran escritos, mejor aún, eran Ensayos. Y ¿Qué era un Ensayo? ¿Cómo se escribe? De nuevo, yo que pensaba que sabía escribir. Nada. No podía comenzar, no sabía que decir.

Como me lo ordena mi estricto entrenamiento comercial, decidí ir “tomar el toro por los cuernos”... y me fui y le pregunte al Decano acerca del tema. Le pedí opciones de evaluación oral, por supuesto, argumentadas. La respuesta fue tajante y reveladora. Las evaluaciones se hacen sobre Ensayos para ejercitar una de las principales herramientas del Filósofo: la escritura. Además en un Ensayo la pregunta la formula el Estudiante y no el Profesor. Esta fue una revelación contundente. El poder de una pregunta es formidable, puede cambiar el Mundo. Es como un vehículo en que el que se pueden transitar posibilidades, perspectivas, puntos de vista. Es marcharse de sí mismo. Para múltiples lugares. Yo no lo sabía. Hoy me parece que es uno de los más maravillosos instrumentos de la humanidad: la capacidad de preguntarse. Esta es la herramienta esencial de una investigación, es el cincel con el que se destruyen las rutinas para construir proyectos que hagan de la humanidad algo realmente superior.

Llevarme estos hallazgos a mi vida profesional ha tenido consecuencias de muchísima utilidad. Leer un informe comercial por ejemplo, comprendiendo qué pregunta intenta resolver, amplía las posibilidades de implementación de acción inmediata que proponen, por ejemplo, los Gerentes en sus informes.

Tener entrenamiento en escritura filosófica, concretamente en la descripción conceptos, fortalece la competencia de explicación escrita que debe tener un Directivo con sus Equipos y sus Clientes. La obligación de decir mucho escribiendo poco en la Filosofía universitaria, fortaleció la precisión y contundencia de mis informes gerenciales.

Y, sin duda alguna, la capacidad de preguntar desde distintos ángulos con el propósito de asumir un problema específico, propicia pensamiento innovador, algo muy valorado empresarialmente en la actualidad. Al fin y al cabo, es de la naturaleza del capitalismo estar en crisis. En ello se reinventa y se reitera de forma permanente. La sola capacidad de incorporar distintas miradas a una situación de negocio específico, le confiere un valor casi intrínseco al negocio en cuestión. Este valor se traduce ya no en utilidad presente, sino en utilidad futura; en la certeza de una utilidad sostenida en el tiempo de esas que reclaman los inversionistas de poco apetito de riesgo.

Mi interés en términos de investigación filosófica, se ubica, por ahora, en el plano de la economía política con trabajos acerca del capitalismo en la actualidad. Concretamente sobre dos sus principales Instituciones; el Mercado y la Democracia revisadas desde la crítica actual del concepto de Ideología.

Para graduarme del pregrado me pregunte acerca del eventual *Rostro invisible del Mercado* en el que exploré la idea según la cuál *alguien*, un Sujeto Moderno que en uso pleno de su razón decide comprar lo que compra más allá de las determinaciones materiales que le impone el mismo Mercado.

Cómo trabajo de grado de la Maestría, avance en la revisión de la crítica actual de la Ideología para sostener que, posiblemente, el *Sujeto Trascendental* opera fenomenológicamente en una especie de pantalla representacional de su inconsciente, sostenido por sus *Fantasías*.

Para el Programa Doctoral al que recién he sido admitido por la Universidad Santo Tomás, propuse como tema de investigación la indagación sobre las relaciones de capital y tecnología como determinadores de nuevos Sujetos.

De nuevo, *quien* compra lo que compra, porque de todas formas, el sentido común nos dice que es mejor satisfacer lo que deseamos a las buenas (comercio) y no a las malas (guerra). Vale decir que estos trabajos de reflexión e investigación filosófica, no solamente han sido patrocinados por el Banco, sino que se encuentran al servicio de nuestro observatorio del comercio financiero global.

Regresar al salón de clases para compartir con muchachos llenos de expectativas y, casi siempre, plenos de confianza en el futuro. Hizo que volviese que revisara sin ninguna certeza cosas que daba por sentado. Por ejemplo, afrontar el estudiar sin la pretensión de obtener al final un buen empleo, bien remunerado, que me garantizara, ojalá una generosa pensión; era una cosa que en las Facultades en las que me formé, jamás se hubiese permitido. Se estudia para salir a ganar dinero. Era como si estudiar Filosofía fuese simplemente una noble decisión sin otra aspiración que la de pensar bien y, con algo de suerte, obtener algún pago.

Si por las competencias de hacer se paga bien, pues, tal vez, nos corresponda lograr que por pensar se pague igualmente bien. Ninguna acción sin planear, al menos en las Empresas, se ejecuta. ¿Cómo planear sin la competencia de pensar? No lo sé.

No he olvidado esta responsabilidad con mis jóvenes compañeros. Los Filósofos no son, no somos criaturas particularmente *solipsistas* y ajenas al mundo, estamos aquí entre otras cosas para pensar y con ello matizar el ruido inevitable de lo cotidiano. Pero, como dice Michel Onfray, “en una familia donde falta dinero para comer desde mediados del mes, el arte [y la filosofía] no existen. No hay libros, no hay música, no se asiste a conciertos ni al cine ni al teatro ni a ninguna exposición”. Por supuesto, tampoco habrá pensamiento y, en ello, quizás la posibilidad de lo sublime habrá desaparecido

definitivamente. Creo que por fortuna, esto lo comienzan a entender ya algunas Organizaciones. Se tiene que reconocer económicamente el oficio del pensamiento crítico. En el Grupo Financiero en el que trabajo ya somos tres Filósofos. Pretendemos valorizar la fuerza del argumento en cada acción empresarial que nos delegan.

También me acompaña el recuerdo de la juventud inspiradora de la mayoría de mis Profesores. En mi primera clase de *Epistemología*, el *Profe* llegó en tenis *converse*... y yo muy elegante de corbata... Pensé con arrogancia: Y, ¿este que me podrá enseñar? Pues ¡Todo! Gracias Sebastián. Tú me trajiste hasta aquí con la paciencia de un verdadero Maestro. Gracias a través tuyo a la exigencia y cariño que siempre recibí de todos mis Profesores. Para mí, serán personas memorablemente inspiradoras.

Pero no vayan a creer que no tengo fines de semana y vacaciones. Claro que los tengo y muy intensos. Mi amada Filosofía ahora hace parte de ellos, de mis horas de ocio. Entre muchísimas cosas, me ha permitido compartir libros, ideas y posturas con toda mi Familia. Discutir la letra de un buen bolero y encontrar allí ideas que antes pasaban desapercibidas. Ver una película es diferente, se entiende mejor. Viajar es doblemente placentero. Ahora, mis hermanos y amigos esperan que les regale un libro pensado para el momento particular de cada uno de ellos.

Ahora, mi hija y mis sobrinos, quieren explorar en sus estudios, sus juveniles inquietudes de la mano de la Filosofía. Lo recibo como un lindo piropo. Y, mi Papá, gran lector, ha sido un inesperado interlocutor, el mejor de todos. Creo que mi Esposa acepta con resignación mis largas horas de lectura y escritura, siempre que sea a su lado por supuesto.

Sigo siendo un *animal de presa* pero ahora entiendo aquel viejo refrán que dice que no solo de pan vive el hombre... quiero *ser un hombre cultivado* en la buena voluntad que se deriva de la razón. No quiero ser un transeúnte más. Aferrado a la Filosofía me sujeto al mundo. Ya nunca volveré a ser el mismo. Este placer nadie me lo quita.

Si alguna vez pensé que en Colombia uno debería estudiar Derecho y después lo que le gusta. Ahora sé que uno debería ser Filósofo y antes o después, no importa, estudiar otra cosa que le guste.

Omar Suescún Garay

Septiembre 08 2.016